

Una corriente de aire surrealista

En la muestra La conciencia a merced de las corrientes de aire de Marisa había que recorrer salitas que la artista había configurado con unos cuantos paneles de durlock a modo de laberinto-caverna-cubículos de los sueños. Para entrar a las primeras salas había que llevar una linternita porque sino no se veía nada.

Dibujos de pequeño formato en tinta roja sobre papel ocupaban la primera sala. Eran rupestre-naïves y misteriosos: personitas hechas de palitos haciendo cosas no muy inteligibles. En la segunda sala, una torre de bailarinas. Es un acto casi reflejo a veces hacer garabatos tridimensionales con los papeles metálicos de ciertos envoltorios de bebidas o golosinas. El capuchón metálico de un vino o el envoltorio de un chocolatín pueden transformarse en cualquier cosa. Marisa les dió forma de bailarinas apiladas a modo de pirámide como en el número de un circo, realizando una proeza acrobática, una prueba de equilibrio. En la siguiente sala, podía verse una pareja de perros Fu que parecían estar ahí con la clara tarea de ser los custodios de la energía de la muestra. La última sala era un bar donde se podía beber un coctel preparado por un barman enmascarado y conversar con un par de gemelas con guantes blancos. Lo que una de ellas comenzaba a decir lo terminaba de articular la otra y viceversa. Cuando me las encontré creo recordar que hablaban del pintor Luis Barragán. Me sumé a la conversación con mi trago en una mano y una corriente de aire surrealista en mi cabeza.

Tiziana Pierri